

Joly, Maurice, **Dialógo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu**, Barcelona, España, Muchnik Editores, 1974.

Triunfad siempre, no importa cómo, y tendréis razón siempre.

Maquiavelo

Al salir del colegio se me pusieron en las manos los libros; yo busqué su espíritu.

Montesquieu

El libro es una serie de diálogos imaginarios entre dos titanes de la literatura política: Maquiavelo y Montesquieu. En la misma tónica que **El príncipe**, el autor no adopta un método científico, sino que por boca de estos personajes enfrenta los fundamentos ideológicos de dos sistemas políticos. Maquiavelo en favor de la personalización del poder, la represión, el cinismo, el engaño; Montesquieu defiende las causas de las leyes, de la representación popular, de las instituciones, dentro del marco de la democracia liberal de principios del siglo XVIII.

A diferencia de **El príncipe**, donde la razón primera y última del poder es el empleo de la fuerza, ahora Maquiavelo se inclina con singular lucidez a las astucias, a las artimañas, a la propaganda y a las relaciones públicas, como instrumentos fundamentales para gobernar.

El problema toral, que destaca el escritor Joly, se encuentra en la transición de la democracia burguesa al autoritarismo conservador, sin abrogar en forma aparente las instituciones liberales: "No destruiré directamente las instituciones, sino que les aplicaré, una a una, un golpe de gracia imperceptible que desquiciará su mecanismo."

¿Cómo lograr este propósito? en la línea teórica de Talleyrand, de que la "palabra ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento", nuestro autor afirma, en un argumento que glosará a través de todo el libro:

En nuestros tiempos se trata no tanto de violentar a los hombres como desarmarlos, menos de combatir sus pasiones políticas que de borrarlas, menos de combatir sus instintos que de burlarlos, no simplemente de proscribir sus ideas, sino de transformarlas, apropiándose en ellas. El secreto principal del gobierno consiste en debilitar el espíritu público hasta el punto de desinteresarlo por completo de las ideas y los principios con los que hoy se hacen las revoluciones. En todos los tiempos los pueblos al igual que los hombres se han contentado con palabras. Casi invariablemente les basta con las apariencias; no piden nada más. Es posible entonces crear instituciones ficticias que responden a un lenguaje y a ideas igualmente ficticias; es imprescindible tener el talento necesario para arrebatarse a los partidos esa fraseología liberal con que se arman para combatir al gobierno. Es preciso saturar de ella a los pueblos hasta el cansancio, hasta el hartazgo. Se suele hablar hoy en día del poder de la opinión; yo os demostraré que cuando se conocen los resortes ocultos del poder, resulta fácil hacerle expresar lo que uno desea.

En materia de política exterior sugiere que se multipliquen las declaraciones revolucionarias y liberales para disimular la opresión interior. Respecto a las cámaras legislativas Maquiavelo sugiere para su mejor control:

Aboliría la gratuidad del mandato legislativo; haría que los diputados percibiesen un emolumento, que sus funciones fuesen, en cierto modo, asalariadas. Contemplo esta innovación como el medio más seguro de incorporar al poder los representantes de la nación.

Es, sin embargo, en el aspecto de la prensa y sus relaciones con el poder donde el autor profundiza con mayor detalle su estrategia de gobierno:

Montesquieu. "No me disgustaría saber ante todo cómo os defenderéis frente a la prensa."

Maquiavelo. "En verdad, ponéis el dedo en la parte más delicada de mi tarea."

Parte de la base de que el despotismo no debe de suprimir la libertad de prensa, sino de neutralizarla a través de "simples medidas de cautela y vigilancia". Entre estas estrategias son de señalar: **a)** previa autorización del gobierno para fundar un periódico; **b)** medidas fiscales que desalienten su circulación; **c)** intimidación que lleve a la autocensura; **d)** en reflexiones que nos recuerden a Napoleón ("Si yo le soltara la brida a la prensa no permanecería más de 3 meses en el poder"), Joly señala: "Hoy en

día utilizar la prensa, utilizarla en todas sus formas, es ley para cualquier poder que pretenda subsistir”; sugiere que el gobierno se haga periodista formando y comprando periódicos; e) por último, para evitar sospechas, deja en aparente libertad a un sector de la prensa.

En el renglón judicial el Maquiavelo de Joly gobernaría en forma de simples decretos y su aplicación dependería de magistrados controlados por el poder; el espíritu de resistencia sería vencido por decretos de retiro a cierta edad de los funcionarios. En sufragio la oposición se anularía a través de la modificación territorial y demográfica de las circunscripciones. Las milicias serían organizadas bajo la autoridad civil, y les proscibiría la enseñanza del derecho y los estudios políticos. Para el descubrimiento de intrigas y conspiraciones que escapan a la vigilancia sugiere como recurso:

Quisiera tener un príncipe de mi casa, sentado en las gradas de mi trono, que representase el papel del descontento. Su misión consistiría en fingirse liberal, en detractor de mi gobierno y en aliarse así para observarlos más de cerca a quienes, en los rangos más elevados de mi reino, pudieran hacer un poco de demagogia. Cabalgando sobre las intrigas interiores y exteriores, el príncipe, al cual confiaría esta misión, haría así representar una comedia de enredos a quienes no estuviesen en el secreto de la farsa.

Por último, el Maquiavelo de Joly especula sobre un tema ignorado en **El príncipe**: la economía. Según nuestro autor, las finanzas descansan sobre el control y la publicidad. El primero sirve para abrir créditos dictatoriales e impuestos, los que son apoyados con préstamos. Al argumento de Montesquieu sobre los peligros que acarrear para las generaciones futuras las deudas, Maquiavelo afirma que la administración financiera es una cuestión de publicidad y basa su éxito en la repetición sin cesar de frases como:

La gestión de los dineros públicos se realiza en la actualidad a la luz del día.

Nuestro sistema de contabilidad, fruto de una larga experiencia, se singulariza por la claridad y la certeza de sus procedimientos. No sólo impide los abusos, sino que no proporciona a nadie, desde el último de los funcionarios hasta el jefe de Estado mismo, ninguna posibilidad de desviar de su destino a la mínima suma, ni de malversarla.

Análisis

El objetivo político de la obra de Joly era de realizar una sátira a Napoleón III y a la constitución imperial. Guarda el valor teórico no sólo de lograr una interesante recopilación de las sugerencias de **El príncipe** (que por ser utilizadas en todos los tiempos no han perdido vigencia), sino que además desenmascara las nuevas estructuras gubernamentales del “cesarismo” o “personalización del poder”, degeneraciones del sistema liberal, que no vaticinaban los creadores de la democracia. Esta transformación se lograría, según Joly, por métodos casi insensibles para una república: “Yo no destruyo nada; tan sólo modifico e innovo.” Clarividencia de nuestro autor que ahora es comúnmente compartida por tratadistas modernos, así Miliband escribe:

El uso del fascismo como punto de referencia encierra el peligro de impedirnos ver otras opciones sustitutivas menos extremas, las cuales no requieren el desmantelamiento total de las instituciones democráticas, la supresión total de todas las libertades ni, por cierto, la renuncia a una retórica democrática. Es fácil concebir formas de autoritarismo conservador, que no serían “fascistas” en la vieja acepción del término, de las que se diría que eran “democráticas” precisamente porque no eran “fascistas” y cuyo establecimiento se defendería en nombre de los mejores intereses de la propia ‘democracia’.

Por otra parte, Joly también resulta precursor, de la corriente muy en boga, de las nuevas formas de legitimación y control a través de los medios de comunicación. Según esta teoría, la coerción ha pasado a un segundo plano, y lo que es necesario perfeccionar es la penetración de la ideología. Paul Baran en forma concluyente afirma: “De hecho la mentalidad de la clase dirigente se ha convertido (gracias a los métodos de comunicación y control) en la mentalidad dominante.”

Ahora bien, es necesario no sobrevalorar este fenómeno destacado por Joly y otros autores modernos y mantener siempre presente la articulación de las formas de legitimación de los regímenes, con las condiciones económicas de existencia. Efectivamente, el papel que juegan las estructuras ideológicas en la aceptación del sistema son de gran importancia, pero sus alcances se reducen a vestir de color de rosa las diferencias, a crear una atmósfera de aceptación, a lubricar los filos de la explotación; esto es, a dar explicaciones sobre los resultados embarazosos que suscita cualquier régimen de injusticia. Su labor es de apoyo al marco de las contradicciones económicas, sus mensajes que tratan de disfrazar los desajustes no

dejan de tener la limitación de la permanente confrontación con la realidad.

En conclusión, la trascendencia de la persuasión a través de los medios de comunicación de masas no debe llevarnos a la peligrosa confusión de que son estos últimos y sus métodos los que sostienen a los sistemas políticos, pero el reconocimiento de la efectiva y "sorda compulsión" de los mismos debe alertarnos contra la presunción, también unilateral, de que las contradicciones y abusos de los gobernantes engendran automáticamente una conciencia emancipadora. En fin, el vacío teórico de Joly es no señalar que todo gobierno con deseos de estabilidad o toda militancia con propósito de cambio abarcan la lucha por la transformación tanto de las cosas, como de la mentalidad de los hombres.

Edmundo González Llaca